

LA NOVELA FILM

N.º 64

30 cts.



OBSESIÓN DE UN SABIO

LA NOVELA FILM

Redacción | Lauria, n.º 96

Administración | BARCELONA

Año II | A BLIND BARGAIN¹⁹²⁷ | N.º 64

OBSESIÓN DE UN SABIO

Adaptación de la novela «La Oc-
tava de Claudius» por Parry Pain
Magistralmente interpretada por

LON CHANEY

en el doble y antagónico papel de

DR. ARTURO LAMB

JULIO SIMPSON

(EL JOROBADO)

METRO GOLDWYN CORPORATION

RAMBLA DE CATALUÑA

B A R C E L O N A



OBSESIÓN DE UN SABIO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

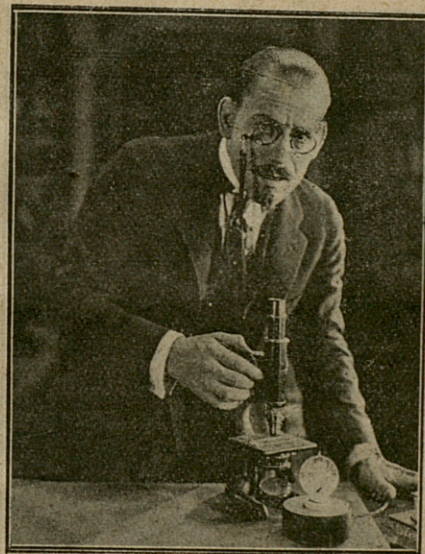
“No sabe la Ciencia la deuda que tiene contraída con la imaginación”—ha dicho el gran Emerson—. Y un médico soñador, de mente fogosa y avaro de gloria, tenía la obsesión de cobrar esa deuda a la Ciencia.

La película en que está basada esta narración representa un fantástico sueño, tan absurdo como inverosímil, hijo de la imaginación calenturienta del tal médico.

El aludido era el doctor Arturo Lamb, que había hecho de su delicada profesión un sacerdocio, y estaba reputado como uno de los cirujanos más prestigiosos de América.

Su pasión consistía en pretender mandar a su antojo en la vida de los hombres, y participaba de la opinión de ciertos colegas extranjeros acerca de la duración que puede tener la vida humana.

Si juzgamos la duración de la vida humana por la de algunos de los más pequeños animales—leía el doctor en un libro científico—, sacamos la consecuencia de que el hombre debe vivir, por lo menos, ciento cincuenta años.



el doctor Lamb

(Lon Chaney)

Mientras el sabio se entregaba a la tal lectura, un infeliz jorobado, Julio Simpson, a quien la Naturaleza se complació en deformar grotescamente, y en cuyo cuerpo hizo el doctor

su primer experimento científico, quedándose-lo, después del fracaso, como criado, miraba a su amo, con ojos extraviados.

¿Qué hacía? ¿Qué nuevos experimentos se agitaban en su espíritu febril?—se pregunta-



... un infeliz jorobado, Julio Simpson, en cuyo cuerpo hizo el doctor su primer experimento
(Lon Chaney)

ba el maltrecho ser, cuya apariencia y modo de andar eran exactamente los de un mono,

excepto su corazón, que conocía la amargura del dolor...

Ajeno a todo, el eminente científico glosaba en un diario, sorprendente archivo de ideas, la importancia de su gran invento en embrión.

Algunos médicos franceses—escribía animosamente—se jactan, puerilmente, de haber hecho rejuvenecer a hombres viejos. Yo haré más. Conservaré la juventud indefinidamente, como si en ella no influyese la acción del tiempo.

No lejos de la casa de campo que habitaba el doctor, se hallaba un humilde hogar, formado por una bondadosa madre y un amante hijo.

Este, Roberto Sandell, sargento licenciado del Ejército Expedicionario, se encontraba ante la grave enfermedad de la que le dió el ser, sometido a una prueba de valor mayor que las de la campaña.

El médico de esa familia acababa de emitir en aquel momento su diagnóstico.

—No quiero ocultarle—dijo a Roberto—que su madre está gravísima. Quizá pudiera salvarla una operación hecha por manos muy expertas.

—Pero, doctor, ¿no se puede evitar la intervención de la Cirugía?...

—La Medicina se declara impotente, amigo

mío. No queda otra esperanza que la de un buen cirujano.

En medio de su tristeza, Roberto releyó una carta que le aumentó el peso de su desesperación.

El desagradable escrito era el siguiente:

Compañía de Publicidad Barton

Filadelfia

Sr. D. Roberto Sandell

Calle del Cedro, 451

Muy señor nuestro:

Aunque nuestros lectores han encontrado muy interesantes sus crónicas respecto al Ejército de ocupación, nos vemos precisados, por causas ajenas a nuestra voluntad, a suspender, por ahora, la publicación de todo cuanto se refiera a la guerra.

Quedamos suyos afmos. s. s.

El Director,

Pickman.

Analizando rápidamente su situación, Roberto llegó a la conclusión de que no había tiempo que perder

Y salió a la calle.

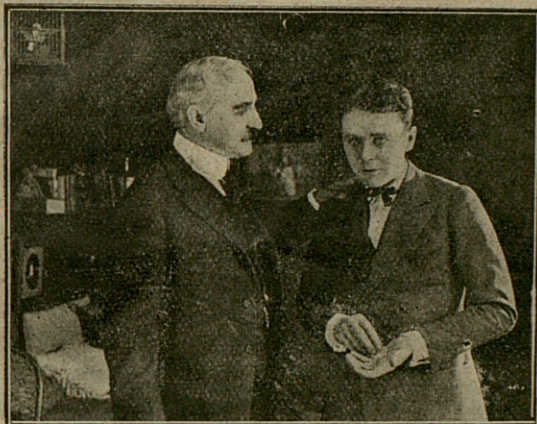
Y sus pasos lo condujeron a la alameda cercana a la casa de campo del doctor Lamb.

Roberto estaba resuelto a apelar al robo, y acechaba su presa.

La casualidad puso en su camino al sabio, sobre quien se arrojó el ex sargento.

Mas el "golpe" le falló, a causa de la habilidad del doctor, que era de constitución más recia que la del exaltado joven.

La mente del doctor distendióse al atrave-



—*La Medicina se declara impotente, amigo mío. No queda otra esperanza que la de un buen cirujano.*

sarla—viendo a Roberto en tierra—una idea grandiosa, y, sin reparar en escrúpulos, cargó con el cuerpo del desvanecido y lo llevó a su casa de campo, sin ser visto por nadie más que por el jorobado, que se puso a temblar,

como siempre, pues un estremecimiento natural e irresistible invadía su pobre alma cada vez que veía un hombre en manos del doctor.

El sabio se hizo de varios instrumentos de su profesión, y, aprovechando su estado inconsciente, apresó en una ampollita unas go-



...apresó en una ampollita unas gotas de sangre de Roberto, del lóbulo de una oreja.

tas de sangre de Roberto, del lóbulo de una oreja.

En la casa de campo vivía también la hermana del sabio. Generosa y de espíritu sensible, la aludida, Magdalena, sufría horrible-

mente ante la loca y tenaz obsesión de aquél, de la que en vano trataba de librarle.

A ella se dirigió, espantado, el deforme Julio, para enterarla de la nueva extravagancia de Lamb.

—¿Qué pasa, Julio?

El infeliz criado cogió un lápiz y escribió en un papel:

Otro mártir de la Ciencia.

Porque el jorobado era mudo. Había perdido la facultad de hablar en los primeros ensayos que hizo en él el doctor, pero nada escapaba a su oído en extremo sensitivo.

Magdalena se indignó en su interior, y mientras ella y el criado meditaban profundamente, Lamb, al despertarse Roberto, que desconocía la operación que acababa de sufrir, le habló, tratándole cariñosamente, así:

—Tengo la convicción de que usted no es un ladrón profesional. ¿Por qué trató, pues, de robarme?

Resuelto a implorar la clemencia del doctor, Roberto le confesó la verdad.

—¡Dramas de la vida, señor! ¡Necesitaba dinero a todo trance!

—¿Necesitaba usted dinero... por cualquier medio?

—Por cualquiera, sí. Si usted supiera...

—Me gustaría conocer algunos de los principales episodios de su vida.

—¿Mi vida? No tiene nada de particular.

—Sin embargo, le ruego que me hable un poco de ella.

—...Yo pertenecía a una familia que gozaba de una posición próspera... Cuando hube terminado mis estudios universitarios, mi madre encauzó mi porvenir por el camino de la Literatura... A la sazón vivía cerca de nuestra magnífica casa de campo una joven llamada Angela Marshall, a la que yo amaba apasionadamente... La muerte de mi padre inició en mi casa una serie interminable de contratiempos que acabaron con nuestro hogar... Me despedí de Angela, prometiéndole regresar triunfante. "No me arredra la lucha, Angela—le dije—, si en ella me anima y fortalece la seguridad de tu cariño. Trabajaré con fe en el porvenir, y volveré a tu lado cuando vea que aquél puede francamente sonreírnos". Me sorprendió la guerra en Alemania. La voz patriótica del deber me llamó a las trincheras; y cuando regresé a mi casa hace unos días, me encontré a mi madre en el lecho de la agonía... y sin recursos. Por eso intenté robar a usted. ¡Es horrible!

—No se desespere usted, joven. Comprendo su locura, y yo puedo, si usted quiere, ayudarle.

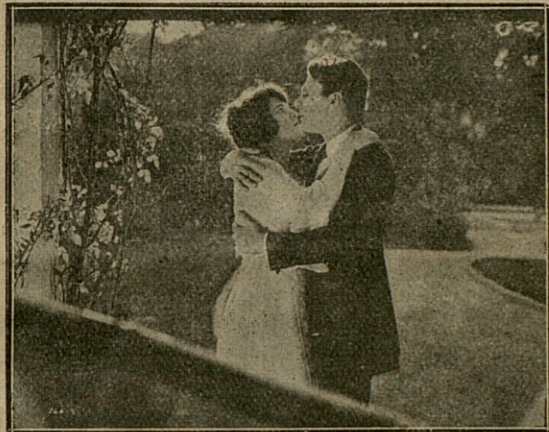
—¡Por Dios, doctor, no se burle de mí, que su oferta parece una ironía!

—No tal, amigo. Mas tengo una condición que imponer.

—¡Hable usted, doctor!

—¿Se resignaría usted a un sacrificio por salvar la vida a su madre?

—¡Qué no haría yo, doctor, por la vida de



—*No me arredra la lucha, Angela, si en ella me anima y fortalece la seguridad de tu cariño.*

mi madre, si por ella no titubeé en ser hasta ladrón!

—Pues esté tranquilo. O poco vale el doctor Lamb, o su madre de usted se salvará.

Roberto no pudo dar las gracias al sabio por la devolución de la tranquilidad que le habían hecho sus palabras, pues un sopor le invadió y quedó dormido.

* * *

—Por Dios, Arturo, ¿hasta cuándo va a durarte ese loco afán de rectificar a la Naturaleza? ¡No pretendas violentar los resortes de la Ciencia!—le objetó a su hermano la generosa Magdalena, sorprendiéndole en contemplación del sueño del ex sargento.

Lamb, no tolerando que nadie le llevase la contraria, expulsó de su despacho a su hermana, diciéndole sin admitir réplica:

—Ahora tengo una fe ciega en mi triunfo. Manda que preparen una habitación para él.

Magdalena, dolorida, hubo de obedecer, y Julio, por su parte, a una indicación de su amo, tomó en sus brazos a Roberto y lo condujo al aposento que se le destinaba.

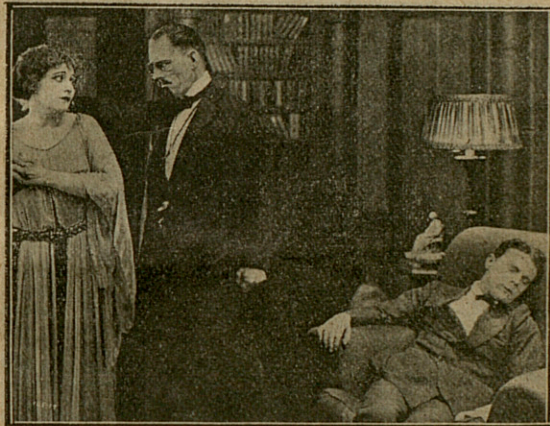
Inmediatamente, el doctor telefoneó al hospital que mandaran en el acto una ambulancia a la calle del Cedro, 451, para conducir en ella a su casa de campo a la madre de Roberto.

Al día siguiente, el doctor encontró a Roberto un algo agitado.

—¿Qué le pasa a usted?

—Perdone, doctor; dejé a mi madre sola y necesito ir a su lado, para asistirle.

—Si no es más que eso..., sígame a la habitación de al lado, que sólo separa de la suya esta puerta de comunicación... ¿Reconoce us-



—Ahora tengo una fe ciega en mi triunfo. Manda que preparen una habitación para él.

ted a la que descansa en aquel lecho?

—Pero ¡si es mi madre!

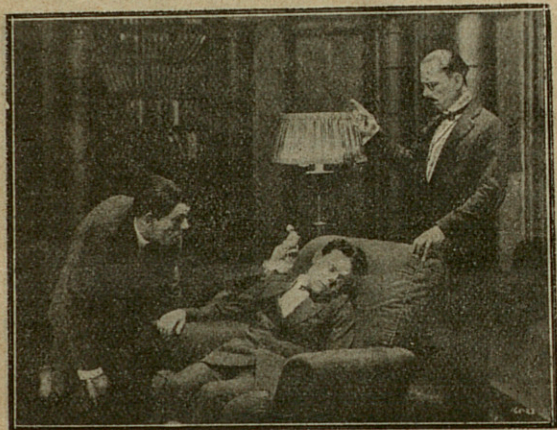
—Chisst... Déjela dormir... Volvamos a su habitación, si quiere hablarme...

—Sí, doctor. No sabré nunca cómo agrade-

cerle a usted este favor, doctor. Pero, ¿por qué se toma usted tanto interés por mí?

—Como médico, me inspira interés todo el que sufre, y he traído a su madre a mi casa para examinarla con todo detenimiento.

—¿Está grave, como me dijo nuestro mé-



... y Julio, a una indicación del doctor, tomó en sus brazos a Roberto...

dico?

—Faltaría a la sinceridad si le ocultase a usted que su madre está llamando a las puertas de la muerte.

—¡Por piedad, doctor, no deje morir a mi madre! ¡Sálvela usted!

—¡La salvaré! Sin embargo, necesito de usted, a cambio, un pequeño sacrificio.

—Diga lo que sea, doctor.

—Cuando su madre esté fuera de peligro tendrá que someterse usted a una sencilla operación quirúrgica. Es un experimento de suma importancia para mí. Yo tengo plena confianza en mi éxito. Pero, en el caso más desfavorable sería su vida el precio de la de su madre.

Roberto no se detuvo a reflexionar. No era cobarde... y se trataba de su madre.

—Nada me importa lo que pueda pasar—respondió—, si salvo con la mía la vida de la enferma. Me someteré a todo lo que usted me ordene.

El jorobado lo estuvo escuchando todo, y aquel solemne juramento de fidelidad a su palabra, pronunciado por Roberto, le llenó de mortal angustia el alma.

Después de su promesa al doctor, el buen hijo fué a abrazar a su madre de todo corazón, y le dijo con gran alegría:

—Anímate, mamá. El doctor Lamb tiene la seguridad absoluta de que va a salvarte.

—¿Ya tienes dinero para pagarle, hijo mío?

—No pienses en eso ahora, mamáta. Yo me arreglaré.

Transcurridos los días precisos para prepa-

rar a la enferma, el doctor Lamb afianzó en el Gabinete de Cirugía, mediante una feliz operación, el compromiso de Roberto Sandell.

Los ayudantes del sabio, y sus alumnos, quedaron admirados de la maestría con que el profesor hizo el trabajo.

—Hemos de convenir, compañeros, en que Lamb es un fenómeno con el bisturí. Esta operación no la hace nadie, más que él—dijo el más viejo.

Roberto esperaba, con angustia atroz detrás de la puerta del Gabinete, el resultado de la gran prueba, y su emoción fué imponente cuando supo la magnífica verdad.

Todas las alabanzas al doctor le parecían a Roberto palidísimas ante la realidad, y se expresaba más con los ojos y con gestos que con palabras.

Lamb se mostraba satisfecho de sí mismo, y no había dicha comparable con la suya al pensar que podía disponer a su antojo de Roberto para sus experimentos científicos, a los que se entregaba con tanto entusiasmo de inventor.

A fin de evitar que Roberto quebrantase su juramento, el sabio opinó justamente que el medio más seguro para ello era conservar a su madre en rehenes, y después de tomada esta determinación le dijo al joven:

—Yo ya he cumplido mi promesa. Desde

hoy, pues, usted se debe a mí. Márchese unos días al campo para que su estado físico esté el día de la prueba lo más perfectamente posible.

—Palabra es palabra, doctor.

—Conforme. Y como no quiero que se prive usted de nada, acepte esta cantidad como anticipo de otra mayor, y vaya a ver a la joven de quien me habló.

—Le agradezco su fineza, señor Lamb.

—No tiene nada que agradecerme. Diviértase cuanto pueda, sin cometer excesos, y aleje toda preocupación, hasta que yo vaya a buscarle.

—No me apartaré lo más mínimo de sus indicaciones, doctor.

La madre, que ignoraba en absoluto el convenio concertado por su hijo con el doctor, sólo deseaba recobrar completamente la salud para reunirse con Roberto.

Mientras que el doctor, encerrado en su gabinete de trabajo, sentaba en su diario esta nota:

Roberto Sandell está preocupado y lo envío al campo para que se distraiga, con el fin de operar en él cuando su estado físico sea perfecto.

Por su lado, Roberto, inconsciente del peligro que le amenazaba, y satisfecho de haberle arrebatado a la muerte la vida de su

madre, volaba a hacer a Angela partícipe de su alegría.

La linda muchacha leía recostada en el tronco de un árbol secular y frondoso, bajo la caricia de la sombra de sus exuberantes ramas, y ante el tesoro inestimable de una decoración de ensueño de la Naturaleza.

Tal vez en ciertas frases del libro recordaba Angela a su amado, a cuya memoria conservóse siempre fiel, sin sospechar siquiera que él andaba cerca.

De súbito se oyó una voz y al mismo tiempo un hombre que tendía sus brazos hacia Angela.

Era Roberto. ¡Había que ver con qué rostro de hombre feliz se dirigía apresuradamente al alcance de su novia!

Angela, al divisarle, dejó caer el libro de sus manos, serenóse, y se incorporó, como movida por un resorte, para dejarse estrechar entre los brazos de Roberto, y estrecharle a él entre los suyos.

Y a través del murmullo del follaje mecido por la brisa, se percibió el rumor de unos besos cálidos y dulces.

Y Angela, entusiasmada, musitó:

—A pesar de haber tardado, no dudé nunca de que volverías, Roberto.

El ex sargento sonreía, mas bajo su sonrisa se ocultaba la preocupación. ¡Cuándo

vendrá a buscarme el doctor? — pensaba—. ¿Qué pretende hacer conmigo?"

Por el momento, el sabio llenaba páginas de su misterioso diario.

Mis fracasos—escribía Lamb—han obedecido siempre a los defectos físicos de los individuos operados. Roberto Sandell es un ejemplar perfecto de robustez y juventud. Con él demostraré al mundo que yo puedo comunicar a la especie humana el poder y la virilidad de los animales más fuertes y doblar la edad de los hombres. No hay razón lógica para que nadie muera a la temprana edad de setenta años.

Pasaron unos días.

* * *

Angela y Roberto revivieron, en los mismos lugares, sus deliciosos momentos de antaño.

Su amor era firme, y Angela deseaba anudarlo con el matrimonio.

Roberto se dejaba llevar de la ilusión, olvidando, a veces, en absoluto, que no se pertenecía a sí mismo.

Al fin, el doctor decidió dar por terminada la temporada de reposo del objeto de la renovación de sus peligrosos experimentos, y partió en su busca.

Aprovechando la ausencia del sabio, su her-

mana y el jorobado acordaron curiosarlo todo con el exclusivo objeto de ver a qué altura estaban los preparativos de aquél.

Julio, que estuvo continuamente al acecho de cuanto hiciera el doctor, conocía el resorte que abría la puerta secreta que daba acceso al Gabinete de Cirugía subterráneo, dotado de los mayores adelantos modernos.

El desdichado deforme balbucía para sí palabras de terror a medida que iba viendo todo lo que había en la sala de operaciones secreta.

Al regresar al lado de Magdalena, con las mismas precauciones que al separarse de ella, Julio escribió en un papel el resultado de su investigación.

Todo lo tiene dispuesto—declaraba el infeliz—El nuevo experimento va a ser inmediato.

Ante lo cual Magdalena, resuelta a evitar la realización de las absurdas pretensiones de su hermano, contestó a Julio:

—Es preciso que redoblemos nuestros esfuerzos para evitar este nuevo ensayo. Pero, ¿de qué manera?

—¿De qué manera?—repetíase el jorobado.
¡Ah! ¡Qué no pagaría el desdichado por dar con una solución!

Una noche, celebrándose una fiesta benéfica en los salones de la familia de la prome-

tida de Roberto, presentóse inopinadamente en ella el doctor.

El joven no le vio llegar, pues se había aislado con Angela en una pieza inmediata al bullicio del baile.

Cuando Lamb apareció en el marco de la



... Roberto se había aislado con Angela en una pieza inmediata al bullicio del baile...

puerta de aquella habitación, Roberto tuvo un sobresalto, y quedó paralizado.

Angela miró alternativamente al doctor y a Roberto, y sus labios dibujaron una mueca de desagrado.

La situación creada por la brusea llegada

del sabio, era en extremo violenta para Roberto. Así lo comprendió el doctor, y sin cuidar de los detalles fué recto a su asunto.

—Perdone, señorita, si soy inoportuno—dijo Lamb a Angela—; tengo necesidad de hablar a solas con Roberto.

A poco, solos el doctor y el ex sargento, aquél objetó a éste:

—Hace usted mal, Sandell, trazando proyectos para lo futuro. Creo que es poco serio adquirir un compromiso mientras se tiene otro pendiente. Me refiero a los proyectos de matrimonio que esa señorita y usted estaban haciendo cuando yo llegué.

—Descuide, doctor. Antes que ningún otro, pienso cumplir el compromiso que he contraído con usted.

—Así lo espero. Y, como ha llegado ya la hora, es preciso que nos vayamos a casa inmediatamente.

—Cuando usted quiera. Estoy a su disposición.

—Pues vamos.

—Permítame que me despida de mi prometida.

—Le esperaré en mi coche al pie de la verja. No se entretenga usted demasiado.

—Cuestión de unos minutos.

No pasó por alto a la fina penetración de Angela la maléfica influencia que sobre Ro-

berto ejercía el incomprensible doctor, y, asustada, se abrazó a su novio al despedirse de ella, y le dijo:

—¡Dime la verdad, Roberto, por favor; tú me engañas porque la verdad debe ser terrible, pero prefiero conocerla! ¿Qué funesto compromiso te liga a ese hombre?

—Tranquilízate, Angela. Realmente, tengo un pequeño asunto con el doctor Lamb, pero eso no justifica tu inquietud. Confío en salir bien de él.

—Estaré intranquila hasta tu regreso.

—No tardaré, Angela.

Y se despidieron efusivamente.

* *

De vuelta en la casa de campo del sabio, Roberto seguía en su firme decisión de someterse a las órdenes del salvador de su madre, pues para él no había nada más respetable que un compromiso de honor.

Magdalena y el jorobado vigilaban los menores gestos del doctor, y durante un rato de soledad de Roberto, aquélla, mientras Julio seguía al acecho del regreso del sabio, avisó al joven del peligro que corría.

—No es esta la primera vez que nos vemos, señor Sandell—le dijo—, sin que me haya

atrevido a dar el paso que ahora doy; pero las cosas han llegado a tal extremo, que no puedo callar más tiempo, porque entonces ya no habría salvación posible.

—¿Qué pretende usted decirme, señorita?

—No hay margen para preámbulos. La verdad es que me creo en el deber de decirle que corre usted un serio peligro, que sólo puede conjurarlo huyendo de esta casa en el acto. Yo cuidaré de su madre.

—Yo no puedo hacer eso.

—Es preciso que lo haga.

—Señorita, el doctor tiene mi palabra de honor, y jamás faltaría a ella.

—Pero ¿es posible que no se le haya caído todavía la venda de los ojos para ver en su terrible desnudez la suerte que le espera?

—Todo lo más que puedo perder es la vida, y ésta se la ofrecí al doctor Lamb a cambio de la de mi madre.

—Todo eso es exageración de amor propio. Y ¿no comprende usted que está haciéndose cómplice de sus actos y volviéndose tan repulso como él?

—Por favor, no siga usted... no la entiendo a usted.

—Espere.

Y llamando a Julio, Magdalena le dijo:

—Enséñale al señor la obra del doctor.

El jorobado se prestó a acatar en el acto el

deseo de aquélla, mas cuando hubo abierto la puerta secreta, apareció, procedente de las habitaciones superiores, el propio doctor, que sorprendió la conspiración a tiempo de intervenir y sofocarla.

—¡Alto ahí, maldito!—gritó el sabio al jorobado que, empavorecido, se hizo a un rincón.

Roberto, a cuyo lado se hallaba el doctor con el brazo en alto, probablemente con el intento de descargarlo sobre la cabeza de Magdalena, en castigo de su osadía, miró al sabio con severidad, y su mirada indicó a éste que debía serenarse, para inspirarle más confianza.

Así, pues, Lamb, sonriente, y deseoso de acabar pronto, dijo a Roberto:

—Para no interrumpirle luego el sueño a su madre, vaya usted ahora a darle las buenas noches, señor Sandell.

Roberto, siempre atento, a pesar de todo, a cumplir su palabra de honor, obedeció sin vacilar.

Entonces, a solas con su hermana, el doctor la riñó furiosamente.

—¡Eres un estorbo para mí y una enemiga de la humanidad! ¡Guárdate mucho de entrometerte en mis asuntos científicos! ¿Has oído? ¡No, no hables! ¡No quiero escucharte!

En aquel momento, Roberto, explicándole

a su madre curiosos detalles de la fiesta benéfica, conseguía que la buena mujer no se diera cuenta del estado de ánimo en que él se encontraba.

Y más tarde, en su gabinete de trabajo, el doctor apuntaba en su libro secreto:



... y su mirada indicó al doctor que debía serenarse, para inspirarle más confianza.

Todo lo tengo dispuesto para operar mañana. No voy a poder con el peso de la gloria que me espera. ¡Ah! ¡Cuánto me deberá la humanidad!

Cerró la noche.

Descontando su éxito en los experimentos

que realizaría pocas horas después en Roberto, el doctor retiróse a descansar.

En el silencio de la casa, dos seres se agitaban con afán de vencer a la muerte que se cernía sobre sus cabezas.

Roberto iba a acostarse, cuando llamaron a la puerta de su cuarto.

Abrió.

Era Julio.

—¿Qué desea de mí el doctor ahora?—preguntó el ex sargento.

El jorobado hizo un gesto negativo, y le dió un papel de Magdalena, en el que ésta había escrito este consejo:

Déjese guiar por el jorobado.

Magdalena Lamb.

Intrigado por la conducta de poco antes del doctor, al negar a Julio que le enseñara los preparativos hechos en el gabinete de cirugía para la operación que debía sufrir, y el interés demostrado por Magdalena, Roberto se entregó al jorobado, siguiéndole a dicho gabinete.

Unas cuantas muestras de las consecuencias de los anteriores experimentos del doctor en monos y otros seres, enjaulados en una galería del subterráneo, unidas a la imaginación de Roberto, hicieron ver claramente a éste los estragos del sabio, y comprender la horrorosa magnitud de su desgracia.

Magdalena y Julio deseaban que Roberto huyese de aquel lóbrego lugar, mas antes de que el interesado pudiera pensar en algo, el doctor, en persona, sospechando de todos, sorprendía el nuevo complot.

El jorobado ocultóse en la galería inmediata al gabinete, para estar a la expectativa.

Roberto, apenas tuvo delante al sabio, se encaró con él y le habló sin miedo:

—Acabo de ver los efectos de su maldita obsesión. ¿Y va usted a hacer de mí un ser como esos?

Excitadísimo, Lamb respondió, vigilando a su presa:

—¡No! Fracase en mi primera operación, con el jorobado, porque éste era un ser imperfecto. El otro se lo arranqué a la muerte de sus manos. Era un hombre raquítico y debilitado por los vicios, y le di la potencia y virilidad de una fiera. Con ellos era inevitable mi fracaso. Pero usted es joven, sano y robusto, y ahora respondo del éxito. Vivirá usted cien años más, sin perder su fisonomía actual, y tendrá la fuerza de veinte hombres. Otro cualquiera en su lugar se sentiría orgulloso de contribuir tan directamente al desarrollo de la Ciencia, en bien de sus semejantes.

Roberto estaba perplejo, y ante las extravagantes pretensiones del sabio, comprendió

que se encontraba, cara a cara, con un loco.

Y trató de huir, impidiéndoselo el doctor.

—Tenía acordado hacer mañana el experimento con usted, pero lo haré ahora mismo—dijo Lamb, enérgicamente.

—Usted puede disponer de mi vida, para anularla, porque para eso se la ofrecí, en pago de la de mi madre; pero para hacer de mí una fiera, que es peor que la muerte, jamás—protestó Roberto, decidido a hacer frente, en caso necesario, a la violencia del doctor.

Este, en las garras de su fatal obsesión, se abalanzó sobre el ex sargento, y siguió una lucha, cuerpo a cuerpo, ferocísima.

Lamb venció a Roberto, por ser el más fuerte, y a poco hallábase éste atado, desnudo hasta la cintura, a la silla de operaciones.

El sacrificio de la vida de Roberto iba a consumarse, pero, afortunadamente, el jorobado acudió en su auxilio, obligando, su aparición, al doctor, aplazar el experimento, para quitárselo de delante.

Julio, intencionadamente, llevó al doctor a la siniestra galería, y luchó con denuedo con él para desarmarlo, pues lo amenazaba con un revólver.

Magdalena, por su parte, bajaba al gabinete de cirugía secreto, y libraba a Roberto de sus ligaduras.

Analizando rápidamente la crítica situación

del jorobado, cuyo buen intento no había dejado de reconocer desde el primer momento, Roberto quiso ir en su socorro, mas le detuvo instantáneamente el sonido seco de un disparo.

—¡Dios mío!—exclamó Magdalena.

Y Roberto, asombrado:

—¡Oh! ¡El jorobado ha matado al doctor!
¡Pobre sabio! ¡Era un hombre maravilloso, aun bajo el dominio de su incurable locura!
¡Lástima que, en su afán de escudriñar los misterios de la Naturaleza, se olvidase de su Creador!

Julio, el infeliz jorobado que había librado al mundo—casualmente, pues al propio doctor se le disparó el revólver sobre el corazón—de la funesta obsesión de su amo, temblaba y lloraba a un tiempo.

* * *

Algunos meses más tarde, borrado el terrible cuadro del gabinete de operaciones del infortunado doctor Lamb, Roberto y Angela, próximos a casarse, se paseaban por el jardín de la casa de la novia, mientras sus respectivas madres hablaban con mucha ilusión del gran acontecimiento.

Julio también era feliz, dentro de su des-

gracia, viviendo, como criado y amigo, con los novios.

Para colmo de ventura, el porvenir de Roberto ya estaba asegurado, pues acababa de abrirse paso en el camino de la literatura. La Compañía de Publicidad Burton, de Filadelfia, que le rehusara, por causas especiales, unos meses antes, sus artículos sobre la guerra, le había aceptado una novela, mandándole al efecto la siguiente carta:

Le incluimos cheque por valor de los derechos de exclusiva de la serie "Un sacrificio por la Ciencia", cuyo argumento, del que sabemos fué usted el protagonista, está admirablemente desarrollado.

Esperando nos favorecerá con nuevas producciones, se reitera de usted, atto. s. s.

El Director.

Dos glorias le acogían en su seno: la gloria del amor y la gloria del arte.

Bien las mereció.

FIN

Ravisado por la censura gubernativa

Pida usted LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRÁFICA

PRÓXIMO NÚMERO

La interesante y cómica dramática
novela de grandioso éxito

Sin un pelo de tonto

Interpretación de **Johnny Hines**



EXCLUSIVA DE **Modesto Pascó**

10 Fotografías — 32 Páginas

**POSTAL REGALO:
WILLIAM RUSSELL**

LA NOVELA FILM
se pone a la venta
en toda España to-
dos los martes.

Colecciones completas y números
sueitos atrasados a precios corrien-
tes, de venta, en LA SOCIEDAD GE-
NERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S. A.
Barbará, 16-BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todos los Kioscos de España

Yleetto Terio